

## *Con Otros Ojos (Sam x Player)*

La brisa nocturna removió el cabello negro de la granjera en cuanto salió de los árboles hacia la playa. El muelle, que solía estar vacío a excepción de Willy, ahora sostenía a todo el pueblo sobre sus viejos tablones. Aminoró el paso a media playa, vacilante. Todavía no la habían visto, quizás podría...

—¡Cecilia!— Todos voltearon a ver a Abigail correr hacia ella con emoción. La granjera forzó una sonrisa en sus labios y sacó una mano de su bolsillo para saludar, la cual Abigail tomó para luego echarse a correr de vuelta al puerto con la granjera trastabillando detrás.

—¡Con cuidado, niñas!— advirtió Marnie desde la orilla mientras pasaban junto a ella. Se contentaba con ver el espectáculo desde la costa.

—¡Guau! ¿Y a ti qué te pasó?— Abi codeó a Sebastián con una mirada de desaprobación — ¡Ow! ¿Qué?— Cecilia se mofó mientras su amigo emo se sobaba el brazo.

—Si me veo de la mierda, ¿no?— Cecilia no necesitaba un espejo para darse cuenta. Una delgada capa de polvo cubría su piel expuesta, los raspones en sus rodillas y codos le comenzaban a arder e intentaba no pensar en la sangre seca que cubría sus manos y la tierra bajo sus uñas.

—¿Ves? Hasta ella lo sabe..iOW!— Otro codazo.

—Ignóralo, ¿estás lista para ver a las medusas?— preguntó Abby con entusiasmo. Cecilia bajó los ojos y metió sus manos en los bolsillos de la sudadera.

—Si...no sé, chicos. Creo que me iré a dormir.

—¿Qué?— gruñó Sebastián.

—¡No, anda quédate!— Cecilia abrió la boca para explicarles lo cansada que estaba cuando...

—¡Cesil!— Los tres voltearon. Sam trotaba hacia ellos con la cálida actitud que siempre llevaba consigo a cualquier lado —. Qué bueno que viniste.

—Pues ya se iba— musitó Sebas.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Dice que se irá a dormir.

—Igual y si te hecho al agua se te quita el sueño.— Su estómago dio un vuelco cuando Sam la empujó, haciéndola aferrarse a su chamarra azul a pesar de que solo la movió unos centímetros.

—¡Oye!— Sam retrocedió entre risas cuando ella lo empujó.

—¡Ciudadanos del Pueblo Pelicano!— Todos callaron para voltear a ver al Alcalde Lewis parado junto a un bote, empuñando una antorcha en su mano derecha—. Estamos aquí reunidos para presenciar el Baile de las Medusas, uno de los espectáculos más magníficos que nos ha dado la madre naturaleza...— Cecilia hizo una mueca. Un poco exagerado, ¿no? Pero Lewis continuó su discurso, y tras finalizar miró a su alrededor para preguntarles a todos: —¿Están listos?

Cuando todos, incluso Sam, vitorearon un "sí", el alcalde cortó la cuerda que ataba el bote al pilote del muelle, y éste se fue flotando con la linterna a bordo.

Pasaron unos minutos con la costa hundida en obscuridad y silencio total. Justo cuando Cecilia se iba a dar la vuelta para retirarse, lo vió: Una tenue luz azulada se aproximaba desde el océano. Y otra. Y otra.

—¡Ey!— protestó Cecilia cuando Abigail la jaló de la muñeca hacia abajo. Terminó de rodillas junto al muelle, igual que sus amigos. El alcalde, por primera vez desde su llegada, no había mentido: El espectáculo que ocurría a centímetros de sus ojos era incomparable. Las medusas bajo el agua flotaban a su alrededor, dándole al océano un brillo turquesa; parecían astros bajo su nariz. A Cecilia le costó trabajo asimilar que esto no era magia.

Miró a Sebastián y a Abigail a su derecha, cada uno absorto en su propio asombro. Luego miró a su izquierda, hacia Sam. Portaba esa sonrisa, la que le daba un brillo a sus ojos color esmeralda, ahora entremezclado con la luz turquesa del mar. Ese mismo brillo aparecía cuando Sam cargaba a Vincent en sus hombros para hacerlo reír, o cuando lo veía jugar en la playa mientras ellos dos platicaban sentados en la arena. Él hablaba y ella callaba, dejando a su mente vagar plácidamente, guiada por las palabras de Sam. Pensó en la telaraña perlada por el rocío que le había mostrado un día en que pasó frente a su casa, y en como desde entonces siempre voltea a ver ese arbusto cuando pasa por esa ruta. Su sonrisa se apaciguó, y el brillo en su mirada menguó hacia un suave tintineo. Estaba en paz, y ella también.

Cuando él volteó, Cecilia no apartó los ojos. Se miraron el uno al otro por décadas, y aún así no parecía suficiente. Sintió una calidez naciendo en su pecho, y finalmente se volteó cuando llegó a sus mejillas.

Fue en ese instante, en la tibia brisa salada, mientras veía a las medusas pasar debajo suyo con sus luces alumbrando la superficie del agua, que se dio cuenta de que se había enamorado.